

## **El fetichismo de lo humanitario**

**L**OS Grandes Lagos no son el tema de finales de 1996. Es un triste atractivo de cada día que continuará, a menos que se construyan alternativas a una previsible degradación hasta la guerra civil con momentos de mayor y menor intensidad. Es un drama que no está «atrasado» para este principio de año sino que nos sale al encuentro hoy y nos espera mañana. En estas reflexiones queremos formular criterios para las acciones y actitudes tanto personales como de los gobiernos y organizaciones solidaristas, en busca de construcción de una paz justa.

### **Iluminar «el corazón de las tinieblas»**

**E**L conflicto de Ruanda, Zaire, Uganda y Burundi es fundamentalmente de índole etnopolítica. Sin embargo, la opinión pública tiende a comprenderlo bajo la noción de «catástrofe natural». Se viven estas tragedias con el mismo formato con que se vive el desastre natural. Igual que los terremotos, el volcán o las malas cosechas. Eso lleva a que nuestra relación con esos conflictos es como si se tratara de catástrofes: son inevitables o producto de la mala suerte. El sufrimiento ajeno nos angustia emocionalmente pero no opera vitalmente.

*La literatura crítica de Joseph Conrad describe el África Central como «el corazón de las tinieblas». Pero, como muestra su principal obra, las tinieblas han sido traídas en gran parte por Occidente. Observamos la tiniebla africana sin caer en la cuenta de que es nuestra acción o nuestra inactividad la que oscurece esa tiniebla. La pregunta más directa que nos debemos hacer es: ¿quién sanará el corazón oscuro de Occidente? Urge enfocar las luces para que podamos ver no solamente el drama de su pobreza sino la tragedia de nuestra complicidad.*

*En ese proceso de iluminación, hay formas de solidaridad explosiva que pueden oponer una fuerte resistencia a que tomemos conciencia de nuestra responsabilidad. Es cierto que cualquier aportación humanitaria viene a sumar esfuerzos. Pero debemos vigilar para que no nos paralicen en el camino del compromiso. Hay que agradecer todas las iniciativas, pero también ser críticos de modo que no maten la ayuda sino que la hagan madurar. No queremos decir un **basta de humanitarismo** sino que el **humanitarismo no basta**. O al menos ciertas formas de humanitarismo.*

***Esas resistencias a la conciencia,** que convierten nuestro silencio en complicidad, se deben principalmente a nuestra cultura política. En general somos una ciudadanía compasiva y generosa, como ha quedado patente en numerosas donaciones y obras. Pero a la vez nuestra sociedad desconoce la realidad de la geografía del dolor. Nuestras escasas estructuras intermedias no tienen tradición internacionalista... Otra parte de la inconsciencia corresponde a agujeros en la moral civil que nos vertebró.*

*Hemos de reconocer, también, que estamos colaborando internacionalmente en aquella pobreza, por lo que hacemos o por lo que no hacemos y debiéramos hacer, por comisión o por omisión. Lo más eficaz que podemos hacer para erradicar las brechas de dolor en el mundo es reformar las estructuras occidentales. Se demanda, por lo*

tanto, una proyección o crecimiento de la solidaridad humanitaria hacia lo político. Urge el salto sociopolítico de las ONGs. Esa proyección se podrá hacer por la intervención eficaz en la cultura política o enriqueciendo la trama asociativa con otras organizaciones que incidan en la vida sociopolítica. Algunas organizaciones ya están avanzando en esa línea y las movilizaciones del «0,7» actuaron en esa dirección. Hay que superar la «ONG de hucha» o la «ONG de gestión» para progresar hacia la «ONG de promoción» de la justicia. ONGs de promoción que empujen un cambio de las causas estructurales de la miseria. Mientras, lo humanitario tiene mucho de fetichismo...

### **Promover un nuevo modelo de ayuda internacional**

*LA vocación de liderazgo que portan los países enriquecidos comporta responsabilidades. Si no se quieren asumir, es mejor entonces permitir el desarrollo democrático de la ONU. Si en lugar de ese progreso se prefiere un modelo tutorial, que parezca mejor para lograr la estabilidad, entonces habrá que demostrar que éste es más sensible y eficaz que la alternativa. La cuestión no es si los países ricos «hacen un favor o no», sino si realizan bien su tarea como autonominados gobernadores mundiales.*

*La ciudadanía da poca importancia a ese análisis internacional. La irresponsabilidad y la implicación vil tienen un coste político muy bajo para los gobiernos. No se rinde cuenta de la mentira o el crimen de Estado porque el acreedor, el ciudadano, está dormido. Únicamente se comenzará a plantear en serio el problema cuando las actuaciones tengan un coste serio de ilegitimidad y descrédito dentro y fuera del país. Para ello se necesita la activación civil. Sobre todo se requiere la progresiva formación de una ciudadanía mundial. Será*

útil a esa «**recivilización**» una estrategia de coordinación y de internacionalización de nuestras asociaciones. Esa emergente civilización del orden mundial tiene entre sus primeras exigencias la mejora del procedimiento de ayuda internacional.

**Ruanda** es el símbolo de la patología de la ayuda a pueblos sufrientes. Es el caso más llamativo de toda una serie de crisis regionales en las que la ONU y otras instituciones interestatales no tienen voluntad de solución. Esa patología tiene cinco características inexcusables: en primer lugar, la falta de prevención y tardanza de intervención; segundo, la violación del embargo de armas; tercero, la bolsa burocrática que anquilosa a organismos internacionales y algunas ONGs; cuarto, la hipocresía de intereses de países ricos y multinacionales que intentan lavar con su «humanitarismo» los intereses reales; y quinto, y lo más grave, lo contraproducente del modelo de ayuda. No estamos disparando a lo utópico, sino que hay modelos alternativos que tienen acciones concretas y peticiones específicas de reforma. Vamos a trazar las líneas dominantes de ese modelo.

El proceso central debe tener sus protagonistas en los pueblos implicados y la comunidad internacional debe trabajar en dos líneas. Primera, los países enriquecidos **debemos limpiar nuestra intervención oculta en la región.** Es decir, dejar de mantener regímenes dictatoriales o «falsodemocracias» que protejan los intereses de multinacionales y empresas testaferras de los estados. Transparentar y atajar el tráfico de armas que, pese al embargo de la ONU, han estado presuntamente realizando países como Francia, Bélgica, China o Gran Bretaña. A España, por su parte, la ONU le ha pedido explicaciones por sospechas de que también está implicada.

La segunda línea es que la comunidad internacional sea mediadora eficaz, potencie iniciativas de

*autorreconstrucción en la zona y, sobre todo, que realicemos una ayuda oficial para el desarrollo de calidad vinculada a esa paz justa. Solamente desde ahí la imprescindible ayuda urgente humanitaria y las intervenciones para garantizar su ejecución pueden evitar más desastres. Entre las grandes medidas están las siguientes:*

- 1. Forzar la formación de una conferencia permanente de paz entre los implicados, con mediadores internacionales, para la reordenación de la región.*
- 2. Además de la desmilitarización material del campo de conflicto, hay una labor restauradora. Hay que resarcir los daños y reinsertar a los soldados movilizados y civiles exiliados. No se puede olvidar, de forma paralela, la inculpación, captura y juicio de los criminales de guerra. Estas violaciones continuas exigen cada vez más la formación de un **Tribunal Internacional Permanente**.*
- 3. Colaborar en proyectos de autorreconstrucción económica que atenúen la pobreza y la desigualdad. La trama mercantil equilibrada entre los diferentes agentes es uno de los cementos más eficaces para la pacificación.*
- 4. Potenciar redes civiles que consoliden intereses comunes. Promoción de agentes de reconciliación por el apoyo a líderes, organizaciones e iniciativas de diálogo y responsabilidad. Para esta regeneración serán cruciales la desactivación ideológica de los odios y la activación de vías de participación ciudadana. Esta implicación múltiple tiene la virtud de multiplicar los dispositivos de mediación en caso de nuevas crisis.*

*Ese plan de prevención, intervención y reconstrucción, no puede ser simplemente una operación militar, aunque el papel de las fuerzas de seguridad sean vitales para posibilitar el proceso. No puede ser tampoco un plan dejado en manos de la burocracia de la ONU, sino que debe contar con estructuras eficaces y observadas*

*por las organizaciones no gubernamentales. En ese cuerpo de mediación tendrán que tomar un papel principal los estados vecinos.*

### ***De la solidaridad fetichista a la solidaridad de integración***

**PARA** viabilizar nuestros deseos colectivos de un mundo justo y de «hacer algo», aparecen pequeños mecanismos. Esas pequeñas acciones (donaciones, asociarse a ONGs, lacitos, camisetas, etc.) son importantes pero no agotan ni son las soluciones centrales. Hay una tendencia a nominarse «solidario» por esos pequeños gestos y creer que se ha agotado nuestra relación con el problema general. Cuando ese signo sustituye a lo central, es **solidaridad fetichista**.

No sólo los individuos usan esos fetiches sino que lo hacen los gobiernos y entidades. El humanitarismo se realiza frecuentemente como táctica de propaganda. También como acto para legitimarse ante los estropicios de la «agenda oculta» de nuestros gobiernos. Los paracaídas de comida o las comisiones de estudio son también fetiches de lo integral. Es el fetichismo de lo humanitario, cuando la solidaridad se cifra en lo insuficiente. Más allá de la solidaridad fetichista, apostamos por una **solidaridad de integración** que traiga una ayuda justa y eficaz. Frente a la declaración del embajador estadounidense de que «Zaire ya no interesa», nosotros afirmamos que Zaire nos interesa siempre y que **en Zaire se juega nuestro Tiempo su dignidad**.